

Domingo cuarto T. O (B 2018)

JESÚS ANUNCIA EL REINO CON LA AUTORIDAD DE SU PALABRA Y EL PODER DE SU ESPÍRITU. LLAMADOS A SER PROFETAS.

- I. Felipe Fernández Caballero**
- II. Sagrada Congregación para el Clero**
- III. Guía para lectura y predicación del CEC, Ciclo B. (SEC)**
- IV. Radio Vaticano**

MENSAJE CENTRAL

Jesús es el Profeta, misteriosamente anunciado por Moisés que proclama con autoridad la palabra del Padre, y el Santo de Dios que libera de las fuerzas del mal con el poder del Espíritu. La Iglesia ha de continuar la misión profética de Cristo, dando testimonio de la primacía de Dios y de los valores definitivos del Reino.

LECTURAS.

1^a. "Pondré mis palabras en su boca"

(Dt. 18, 15-20)

A los ojos de Dios, el profeta es su otro yo; por ello habrá que escucharle, y no hacerlo es negarse a escuchar a Dios mismo, que pedirá cuenta de ello.

Moisés recibió del Señor, en el Horeb, la promesa de un profeta que había de venir: elegido "*de entre sus hermanos*", será intermediario entre Dios y su pueblo; Dios pondrá sus palabras en su boca y él dirá todo y sólo lo que Dios le ordene.

A los ojos de Dios, el profeta es su otro yo; por ello habrá que escucharle, y no hacerlo es negarse a escuchar a Dios mismo, que pedirá cuenta de ello.

Los discípulos de Juan Bautista preguntan a Jesús si es Él el profeta esperado (Jo. 1, 21); el mismo Cristo se comporta como ese profeta que habla de parte de Dios: "Yo os digo...". Y Juan evangelista se refiere a Jesús con estas palabras: "*El que Dios envió habla las palabras de Dios*" (3, 21).

"Jesús, de hecho, no es un profeta que habla en nombre de Dios, sino que es Dios mismo que habla y salva: Es Dios quien viene en Persona a hablar de sí al hombre y a mostrarle el camino por el cual es posible alcanzarlo" (TMA 6)

Jesús es el único constituido mediador de Dios para la humanidad entera...Es Jesús quien tiene en sí mismo, en su acontecimiento y en su persona, las razones de la ultimidad absoluta de la salvación. Él no es uno de tantos mediadores salvíficos, sino el único y definitivo, la fuente de cualquiera otra mediación participada (JSM. pág. 144)

La primera lectura abre hoy horizontes sobre el significado del evangelio que se va a proclamar.

2ª. Liberados de preocupaciones para el servicio del Reino
(1Cor. 7,32-35).

La virginidad consagrada es, para Pablo, una vía prevista por Dios, en su Providencia, para el testimonio de los valores definitivos del Reino, en un mundo dominado por una sexualidad muchas veces degradada.

Pablo es consciente de lo que, desde el Génesis, quiso Dios que fuera el camino normal de realización humana: la vida conyugal, orientada a prolongar la obra creadora de Dios. Más aún, descubre en el sacramento del matrimonio el signo eficaz de la unión de Cristo con su Iglesia, atribuyendo a los esposos un papel primordial en la construcción y en la extensión del Reino.

Pero en el texto de hoy, el Apóstol se centra más en una visión escatológica de la vida del cristiano: desearía verle liberado, sea cual fuere su estado, no para el egoísmo, sino para una unión más directa y constante con Dios, que favorezca el servicio a los demás. La virginidad consagrada es, para Pablo, una vía prevista por Dios, en su Providencia, para el testimonio de los valores definitivos del Reino, en un mundo dominado por una sexualidad muchas veces degradada.

"En nuestro mundo, en el que parece haberse perdido el rastro de Dios, es urgente un audaz testimonio profético por parte de las personas consagradas. Un testimonio, ante todo de la afirmación de la primacía de Dios y de los bienes futuros, como se desprende del seguimiento y de la imitación de Cristo casto, pobre y obediente, totalmente entregado a la gloria del Padre y al amor de los hermanos y hermanas " (Vita consecrata, n.85)

Evangelio "Este enseñar con autoridad es nuevo. Hasta a los espíritus inmundos les manda y le obedecen"
(Mc 1, 21-28)

El poder de Jesús es superior al de Satanás, el adversario del Reino de Dios. En la lucha entre el bien y el mal, Jesús es el vencedor de Satanás.

Jesús fue un gran evangelizador. Anunció la buena noticia de la venida del Reino de Dios, en su persona, con el entusiasmo, la convicción y la autoridad de un maestro insuperable

Los evangelistas subrayan el estupor de la gente ante la autoridad y el poder manifestado en las palabras y en las obras de Jesús . Él libera a los hombres poseídos por el maligno; en la lucha con los endemoniados, Jesús se encuentra no sólo ante personas, sino ante el adversario del bien, el tentador y seductor del hombre. Y lo vence. El poder de Jesús es superior al de Satanás, el adversario del Reino de Dios. En la lucha entre el bien y el mal, Jesús es el vencedor de Satanás.

El espíritu inmundo arrojado por Jesús no debe hoy acaparar nuestra atención; desde la primera lectura somos invitados a admirar el poder de su Palabra y a preguntarnos con los testigos de aquella curación: "*¿Qué es esto? Este enseñar con autoridad es nuevo*".

Palabra y acción subrayan una autoridad, y esto es lo que Marcos quiere poner de relieve: el poder que acompaña a su palabra pone de manifiesto su calidad de enviado de Dios. No olvidemos que, en la literatura rabínica, poder es sinónimo de Dios y, en consecuencia, hablar con poder significa hablar como profeta, en nombre de Dios. En eso reside la novedad de su palabra.

Jesús nos tiene acostumbrados a una palabra poderosa que se traduce en acción, y esta palabra-acción ha pasado de los relatos evangélicos a los sacramentos de la Iglesia. Palabra y sacramentos son hoy, y lo será hasta el final de los tiempos, la actividad que la Iglesia posee, recibida de Cristo y de Dios: transmisión, en nombre y con la autoridad de Cristo, de un poder que exorciza y renueva la tierra.

II. Sagrada Congregación para el Clero

NEXO entre las LECTURAS

"Enseñar", "enseñanza" son palabras frecuentes en los textos del Nuevo Testamento. Aparecen también varias veces en la liturgia de este cuarto domingo ordinario. Jesús es presentado por san Marcos como el maestro "que enseña con autoridad", "una enseñanza nueva" (*Evangelio*).

No es una enseñanza cualquiera, sino la de un profeta, al estilo de Moisés, prototipo del profetismo en la mente de los israelitas, maestro y forjador de su pueblo (*primera lectura*).

San Pablo, como profeta del Nuevo Testamento, imparte a los corintios su enseñanza sobre el matrimonio y el celibato, dos estados y dos caminos para vivir la dedicación y entrega al apostolado en la Comunidad eclesial (*segunda lectura*). Esta enseñanza profética, nueva y dada con autoridad, se dirige al hombre para que la acoja y sea receptor activo de su eficacia (*segunda lectura*).

MENSAJE DOCTRINAL

Jesús, el Maestro.

El hombre, al nacer, no es un ser ya formado; posee sólo la capacidad de educarse. Necesita, por tanto, de maestros. En la historia de la humanidad han existido diversos ámbitos en que el niño y el joven reciben la enseñanza de sus mayores: la familia, la escuela o la universidad, la sinagoga o la iglesia, el ágora, o el foro, la academia o el club de debates, el periódico o la televisión. Todas las enseñanzas que se reciben son -o al menos pueden ser- útiles y enriquecedoras en la obra de la educación de una persona.

Jesús no es un concurrente de tales enseñanzas, sino un Maestro que con su enseñanza infunde un alma a todas las demás. Porque su enseñanza incide en la historia, pero mira además al mundo del futuro, más allá de la historia. Jesús tampoco se presenta ni aparece en los evangelios como un contrincante de los maestros religiosos del pueblo judío -y podríamos

añadir de los pueblos paganos-, sino como el Maestro que lleva a plenitud toda la enseñanza religiosa del pasado y sobre todo goza del poder de Dios para hacerla eficaz en la vida de los hombres y al servicio de su bien integral. Así es como Jesús, ante la enseñanza de los escribas, pobre de fuerza divina y hecha de fórmulas cristalizadas en la tradición de los mayores, se muestra en el evangelio como el Maestro por excelencia, que posee propia autoridad en virtud del poder de Dios que en él actúa, y que hace pensar a los oyentes en una enseñanza nueva, es decir, definitiva, porque en ella se funden palabra y acción, sentido y eficacia.

Prefiguración y prolongación de la palabra.

Ya en la tradición judía el profeta de la primera lectura era interpretado como prefiguración del Mesías, que debería aparecer ante sus contemporáneos como otro Moisés, es decir como un profeta y maestro legislador y forjador del nuevo pueblo.

No es difícil imaginar que Jesús mismos -y con él los primeros cristianos- se apropiaran esta prefiguración al ser Jesús el Mesías esperado y al ser la comunidad cristiana el nuevo pueblo forjado por la enseñanza y la acción de Jesucristo entre los hombres. Siendo Jesús el profeta por excelencia, él es la clave de toque del verdadero o falso profetismo, como es igualmente el punto de referencia y el juez de cualquier otra forma de profetismo extrabíblico (en tiempo del deuteronomista eran los profetas cananeos del dios Baal).

Pablo, por su parte, (vale lo mismo para cualquier otro "maestro" de las comunidades cristianas) no es un profeta o maestro autónomo, sino que su enseñanza hace referencia a Cristo Maestro: es una enseñanza iluminada por la presencia de Cristo glorioso bajo la acción viva y vivificante del Espíritu Santo. Pablo enseña con autoridad, pero no propia, sino la misma autoridad de Cristo presente en él por el poder del Espíritu: enseña que hay dos estados de vida: matrimonio y virginidad, ambos don de Dios, ambos llamados a la dedicación y entrega en el apostolado. Pero a la vez enseña que el célibe está en condiciones de vivir más radicalmente esa dedicación y entrega apostólicas que quien vive en compromiso matrimonial.

A la escucha de la palabra.

Toda palabra o enseñanza es como una llamada que espera una respuesta. La enseñanza, por tanto, tiene una estructura dialogal por su misma naturaleza. Se puede aceptar, rechazar o discutir la enseñanza, pero es obligado dialogar con ella. Cuando se trata de la enseñanza evangélica y cristiana, no cabe otra respuesta que la acogida. Una acogida que es primeramente aceptación de la enseñanza recibida, porque es "enseñanza de Dios". Una acogida que comporta quizá algo de temor reverencial, porque en definitiva se trata de acoger "el misterio" de Dios en nuestra vida, tan impregnada de materia y de pensamientos terrenos. Una acogida que, sin embargo, lleva el sello de la victoria sobre las cosas importantes (el sentido de la vida y de la muerte, la realidad del más allá, el amor a Dios y al prójimo como esencia de la existencia). Una acogida, finalmente, que no puede callarse, sino que conduce a la difusión de la enseñanza aprendida, porque "*no podemos callar lo que hemos visto y oído*".

SUGERENCIAS PASTORALES

Una palabra viva.

En el gran mercado de la palabra, hoy existente y agobiante, no es fácil encontrar una palabra viva y vivificadora. ¿Cuántas palabras , cuántas "enseñanzas" llegan hoy al oído del hombre, del cristiano? ¡Millones! Entre todos esos millones de palabras, ¿dónde está la palabra que dé vida y alimente el alma en ese día? El maestro cristiano (sacerdote, padre de familia, catequista...), actualizando la enseñanza de Jesucristo debe decir palabras vivas, palabras con fuerza de eternidad, que no pasen sino que perduren y den sentido y sirvan de crisol a todos los millones de otras palabras escuchadas.

Actitud ante el maestro.

Cuando la palabra del maestro no es viva ni vivificante, no podemos esperar otra actitud sino el aburrimiento y el rechazo. Esto es tan evidente casi como un axioma. Pero, ¿por qué, incluso cuando la palabra está llena de vida e infunde vida, no es escuchada ni acogida? Ya Jesús tuvo que afrontar este rechazo de su Palabra, porque los hombres encontraban "duras" sus enseñanzas. Y Pablo, ¿no tuvo acaso que hacer frente a tantos que no mostraban interés por su evangelio o simplemente lo rechazaban? La Palabra Viva se escucha en la libertad y para hacer hombres libres, pero hay quienes eligen ejercer su libre albedrío rechazando la fuente de la libertad. La Palabra Viva es como una semilla que cae en tierra buena, pero está dura, no tiene profundidad. Pidamos a Dios que con su gracia limpie y cultive su campo, de modo que los hombres -nuestros feligreses, nuestros alumnos, nuestros hijos- acepten la Palabra Viva para que dé en su corazón y en sus obras frutos abundantes.

HOMILÍA:

Jesús inicia su vida pública con este mensaje: "*Se ha cumplido el plazo, está cerca el reino de Dios*".

En la sinagoga de Cafarnaúm, Jesús comenzó a hacer y a enseñar. Habla en nombre de su Padre. San Marcos, en este momento, no nos dice nada del contenido de su doctrina: le basta subrayar la autoridad de su enseñanza, en oposición a la de los doctores de la ley. Esa autoridad absoluta con que Jesús interpreta las Escrituras, le muestra como el Enviado de Dios para revelar a los hombres la verdad salvadora.

Pero no se limita a hablar en nombre del Señor. A la palabra le acompaña la acción: expresa el designio liberador de Dios por medio de gestos de curación, de expulsión de demonios, de perdón de los pecadores,

Hay una íntima conexión entre el mensajero, el mensaje y las acciones que lo acompañan. Ya en el primer día de su actividad evangelizadora, a la autoridad de su enseñanza se une la expulsión de un espíritu inmundo como expresión del poder divino que de que está investido, y

ante el cual “se quedan atónitos los hombres”. “¿Qué es esto? Este enseñar con autoridad es nuevo. Hasta a los espíritus inmundos les manda y le obedecen!”.

Las curaciones y las expulsiones de demonios eran frecuentes en el mundo antiguo, pero los que seguían a Jesús percibieron que en él formaban parte de una misión divina: instaurar la vida allí donde se había hecho presente la muerte, liberar al hombre de los males que le impedían realizarse como persona. Sus acciones milagrosas constituyen una protesta contra toda miseria, física o moral, y una apuesta por la dignidad de todo ser humano. Por eso, quienes antes percibieron la plenitud de vida que brotaba de él fueron los más despreciados de la sociedad.

Para san Marcos, en los hombres dominados por los malos espíritus se esconde el poder maligno de Satanás, empeñado en impedir la acción salvadora de Dios. En este contexto, el retroceso de las fuerzas del mal pone en evidencia que, en la persona de Jesús, la fuerza de Dios, el Reino de Dios, ha comenzado a hacerse presente en la vida de los hombres.

El diálogo entre Jesús y el espíritu inmundo revela la lucha entre ambos contendientes. El demonio presente en Jesús la llegada del “más fuerte” que viene a arrebatarle su dominio sobre los hombres, y se resiste a doblegarse a su poder: “¿Qué quieres de nosotros, Jesús Nazareno? ¿Has venido a acabar con nosotros? En la actuación de Jesús no hay apelación a fórmulas de conjuro o a la magia; solo hay una palabra dotada de poder divino: “Cállate y sala de él”. Manda simplemente, y los espíritus le obedecen. Sólo Dios puede hablar de esta forma. Incluso Satanás confiesa la autoridad divina del que le habla: “Sé quién eres: el Santo de Dios” . En la actuación de Jesús se presiente la cercanía de Dios mismo.

Nuestra época adolece de una fuerte crisis de autoridad. Parece haber renunciado a la transmisión de los auténticos valores y actitudes. Faltan profetas que hablen palabras de Dios, y crece el número de los que tienen la arrogancia de hablar en nombre de dioses extranjeros.

El evangelio de Marcos termina con estas palabras: “Id por el mundo entero pregonando la Buena Noticia: A los que crean, les acompañarán estos signos: echarán demonios en mi nombre, hablarán lenguas nuevas, podrán las manos a los enfermos y quedarán sanos”. Antes de su partida, Jesús confió a los suyos continuar el anuncio del Reino de Dios. De nuestra fidelidad a su mandato dependerá que llegue a los hombres de hoy su palabra cargada de autoridad y su obra de salvación universal.

III. Guía para lectura y predicación del CEC, Ciclo B. (SEC)

Los profetas tendrán un doble papel: por una parte deberán luchar contra las prácticas de magia y adivinación; por otra, hablarán en nombre del Señor, que, como en el caso de Moisés, será quien llama y designa.

Los que se admiraban de la “autoridad” con la que Jesús hablaba, querían expresar en ese término muchas cualidades nuevas que habían observado en Él: libertad de espíritu frente a mentalidades intransigentes y cortas; perspectivas nuevas para todos los hombres, lejos de cualquier espíritu restrictivo; oferta de salvación sencilla y sin discriminación, todo ello le

otorgaba un ascendiente sobre todos los que le oían que hacía atractiva su figura y apasionante su mensaje.

Es frecuente la palabrería permanentemente escuchada y a la vez no creída. No porque quien habla no merezca credibilidad, sino porque solemos encasillarlos en una “clase” desprestigiada y les hacemos partícipes del mismo descrédito. Es injusto, pero corriente. Enseñar, decir hoy con “autoridad”, significa exactamente lo mismo que en tiempos de Jesucristo: hablar respaldado por un prestigio personal intachable.

LA FE DE LA IGLESIA

_ “De una manera fragmentaria y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por su Hijo” (Hb 1,1-2). “Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre, es la Palabra única, perfecta e insuperable del Padre. En Él lo dice todo, no habrá otra palabra más que ésta” (CEC 65).

_ “En la Sagrada Escritura, la Iglesia encuentra sin cesar su alimento y su fuerza, porque, en ella, no recibe solamente una palabra humana, sino lo que es realmente: la Palabra de Dios” (CEC 104; cf. 101).

_ “La fe es ante todo una adhesión personal del hombre a Dios; es al mismo tiempo e inseparablemente el asentimiento libre a toda la verdad que Dios ha revelado. En cuanto adhesión personal a Dios y asentimiento a la verdad que Él ha revelado, la fe cristiana difiere de la fe en una persona humana. Es justo y bueno confiarse totalmente a Dios y creer absolutamente lo que Él dice” (CEC 150).

_ “No se puede creer en Jesucristo sin tener parte en su Espíritu. Es el Espíritu Santo quien revela a los hombres quién es Jesús. Porque ‘nadie puede decir: ‘Jesús es Señor’ sino bajo la acción del Espíritu Santo’ (1 Cor 12,3). ‘El Espíritu todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios... Nadie conoce lo íntimo de Dios, sino el Espíritu de Dios’ (1 Cor 2,10-11). Sólo Dios conoce a Dios enteramente. Nosotros creemos en el Espíritu Santo porque es Dios” (CEC 152).

_ “Porque en darnos, como nos dio a su Hijo, que es una Palabra suya, que no tiene otra, todo nos lo habló junto y de una vez en esta sola Palabra...; porque lo que hablaba antes en partes a los profetas ya lo ha hablado en el todo, dándonos al Todo, que es su Hijo. Por lo cual, el que ahora quisiese preguntar a Dios, o querer alguna visión o revelación, no sólo haría una necedad, sino haría agravio a Dios, no poniendo los ojos totalmente en Cristo, sin querer otra alguna cosa o novedad” (San Juan de la Cruz, Carm. 2, 22) (CEC 65).

IV. Radio Vaticano

Una doctrina nueva, expuesta con autoridad

El Evangelio de Marcos nos dice que Jesús enseñaba con autoridad, pero no explica por qué asombraba tanto a su audiencia. Ahora bien, indirectamente señala que su enseñanza "no era la como la de los letrados". ¡Qué curioso! ¿No nos estará diciendo que no hace falta tener muchas letras para tener sabiduría? Además de tener sentido común, Jesús tenía el sentido de Dios, el sentido del amor y del servicio. Por eso "tenía autoridad".

Estaba en la sinagoga, donde se leen y explican las Escrituras y se hace presente un espíritu inmundo que pretende hacerse portavoz de todos los presentes: "¿qué tienes que ver con nosotros...?" Y al llamarlo "el Santo de Dios", está asumiendo a Jesús como el restaurador de la monarquía davídica que ha de subyugar a los demás pueblos. Pero Jesús libera al hombre "expulsando a su demonio": de esa mentalidad alienadora y satánica de los sabios de este mundo, que dividen a los hombres en buenos y malos, dominadores y dominados... La autoridad no le viene a Jesús sólo de las palabras, o de la doctrina. Si la doctrina fuera expuesta sólo con palabras no pasaría de ser una teoría más. El asombro de los presentes ante esa doctrina tampoco proviene de un razonamiento novedoso, sino de su acción, de una acción que confirma con hechos lo anunciado. Cómo desterrar el mal de nuestro mundo está escrito en los libros, en muchos libros, demasiados y para todos los gustos. Pero como dice el sentido común, la mejor descripción del vino no emborracha a nadie. Lo que emborracha es el vino. La curación de un endemoniado por Jesús es una palabra sobre el mal, palabra cuya fuerza está en la misma curación. Y cuyo significado manifiesta la llegada del reino de Dios.

En presencia de Jesús no cabe el demonio. Su persona es la expulsión del diablo fuera de los dominios del reino: "*Ahora el príncipe de este mundo va a ser arrojado fuera*" (Jn 12,31). Esta curación es una señal más de la llegada del Mesías, que viene a liberar a los hombres de la esclavitud del mal.

"Toda vida humana, individual o colectiva, se presenta como lucha -lucha dramática- entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas, -dice el Concilio Vaticano II, en la Constitución *Gaudium et Spes*. Es más, -sigue diciendo- el hombre se siente incapaz de someter con eficacia por sí solo los ataques del mal, hasta el punto de sentirse como aherrojado entre cadenas".

La primera lectura de este cuarto domingo del tiempo ordinario, del libro del Deuteronomio da inicio a una tendencia que Jesús llevará a la perfección. Para Jesús, y en general para todos los profetas, lo fundamental de la ley es preservar la dignidad de cada ser humano, el derecho a vivir en una comunidad donde sea valorado por lo que es y no por lo que tiene. De este modo, la legislación deja de ser un precepto que rige alguna cosa en particular, y se convierte en expresión de las necesidades vitales del ser humano. A esto llama la Biblia "*Llevar la ley en el corazón*". Esta nueva manera de ver la ley es la que aplica Pablo en la carta a los corintios. La comunidad, preocupada por opiniones adversas al matrimonio, le pregunta al apóstol Pablo: ¿Sería preferible no casarse? Para Pablo lo importante es que cada persona de la comunidad cristiana viva la libertad que nos dejó Cristo y, siendo libres, preparar la llegada del Reino.

Autoridad y ley son instrumentos que tenemos los humanos para luchar contra el mal, pero son instrumentos insuficientes, porque el mal, dicho así superficialmente, no sería más que esos pequeños desajustes que sufrimos en los avatares de la existencia. El mal del que habla el Evangelio, el mal a los ojos de Dios, es esa fuerza original que nos aleja de Dios y que anula radicalmente al ser humano. Por eso el endemoniado se enfrenta a Jesús: "*¿Has venido a acabar con nosotros?*". Y la respuesta de Jesús no apela a la ley, a alguna autoridad establecida, sino a su visión compasiva ante un hombre dominado por el mal. Ese

ver con el corazón, que ve en lo profundo, es la forma que tiene Dios de restaurar la dignidad de la persona.

Es la propuesta cristiana, frente las teorías y especulaciones de los especialistas, para combatir el mal: ver con el corazón y actuar desde el amor. Danos tu luz Señor, para conocer donde están "ejes del mal", y con la autoridad del amor plantarles cara.